

LA MADRE DE FAMILIA.

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA
aprobación eclesiástica,
y bajo la dirección
DE

E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesías, sección
doctrinal, y cuanto
juzguemos á propósi-
to para la instrucción
religiosa, la enseñan-
za y el recreo.

Es'te periódico sal-
drá los días 8, 14, 23 y
30 de cada mes, y cons-
tará de ocho páginas
en igual tamaño al de
este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
ción de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
también en sellos
de franqueo de 10 y 15
céntimos, prefirién-
dose siempre, donde
las haya, las letras del
Giro mútuo.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que al
tarnos el aviso mar-
quen bien su nombre,
cualquiera de su residen-
cia y provincia á que
pertenece.

23 de Junio de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 7.

SUMARIO.

El arte de hacer fortuna, por D. F. de P. M.—Calvario y
Redención, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.
—Poesía á la Señorita Doña Dolores Fernandez de
Córdoba, por D. Francisco Jimenez Campaña.—La
hora suprema, por D. Carlos Heralt.—Sección doc-
trinal, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL ARTE DE HACER FORTUNA.

Todo el mundo se acuerda en Madrid todavía
de la ruidosa boda de un rico banquero, á quien,
por respeto al incógnito que se nos ha reco-
mendado, llamaremos simplemente Don Juan,
con la hija única del marqués de V..... antiguo
embajador de Rusia; boda que se celebró con la

mayor pompa en la magnífica casa del banque-
ro: pero no sabe todo el mundo el extraño é in-
teressante episodio que ocurrió en este matrimo-
nio aristocrático, que ha grangeado al ma-
rido para mientras viva una reputación de ori-
ginalidad sin ejemplo.

Era la mañana del día que habían de cele-
brarse los desposorios; el coche de Don Juan
aguardaba á la puerta, y él mismo esperaba los
convidados en un salón brillantemente adorna-
do, cuando entró el criado á anunciar que esta-
ban allí los sastres; «Diles que entren» contestó
el banquero; y al punto se presentaron diez in-
dividuos, provisto cada cual de un enorme pa-
quete que depositaron sobre las sillas. Contenía
cada paquete dos vestidos nuevos de paño,
compuestos de pantalón, chaleco y chaqueta,
hechos á la medida de jóvenes de doce á quince
años; D. Juan examinó los paquetes, y hallán-

dolos conformes á su deseo, mandó que se repartiesen entre los sastres doscientos doblones, con lo cual estos se retiraron haciendo mil cortesías y llenos de curiosidad y de admiración. Despues de los sastres entraron los sombrereros con veinte gorras y luego las costureras con veinte camisas, y por último, los zapateros con veinte pares de borceguies; todos se retiraron perfectamente pagados, y sin saber á que atribuir la extraña conducta de nuestro D. Juan. Este por su parte llamó entonces á su ayuda de cámara, y le previno que buscase por Madrid veinte muchachos asturianos, carboneros, aguadores ó mozos de cordel, á quienes debia convidar á comer prometiendo un doblon además á cada uno. «En mi cuarto de baño, añadió hallarás todo lo necesario para jabonarlos de pies á cabeza, y cuando acabes la operacion les harás poner estos vestidos acomodando uno á cada uno segun su estatura, y despues los llevarás á ese salon, donde comerán, mientras nosotros con los convidados lo haremos en el inmediato.»

Era una mañana de las mas crudas de invierno; el hielo habia reemplazado á la nieve y el sol hacia inútiles esfuerzos para abrirse paso al través de una espesísima niebla; el buen ayuda de cámara tuvo no poco que hacer para encontrar los huéspedes que buscaba; pero al cabo la voz fué corriendo de unos en otros y puede calcularse la alegría de los pobres asturianos que parados en una esquina ó alrededor de una fuente esperaban con impaciencia poder ganar ocho cuartos para una libreta, al oír que se les regalaba un doblon por tomarse la pena de asistir á una comida de boda en casa de un rico señor; no habia pasado una hora y ya excedia en mas que doble el número de pretendientes. El criado en uso de sus facultades omnímodas eligió los que le parecieron mas apropiados, dando la preferencia á los mas andrajosos y sucios, no sin riesgo de que los deshauciados quisieran acometerle en medio de la Puerta del Sol, donde gracias á la intervencion directa de la guardia del Principal pudo salir ileso de entre los descendientes de Pelayo.

Al entrar en casa del banquero, los novios y los convidados volvian de la iglesia y á la verdad que el contraste no podia ser mayor: por una parte las brillantes libreas, los vestidos de seda y encaje, las joyas, los jóvenes mas elegantes y las mujeres mas lindas de Madrid; por la otra los rostros llenos de lodo y tiznados de carbon, los pelos erizados, los arapos y la miseria.

En tanto que la elegante comitiva se miraba

como preguntando el significado de aquella escena, D. Juan fijó en los asturianos una mirada melancólica y pareció preguntarse á sí mismo: ¿Si la dicha no está aquí, donde se halla?

—Bien cerca,—respondieron sus labios al apoyar la mano en la de su linda esposa á quien introdujo en seguida como una reina en su palacio, no sin prevenir á los criados que cuidasen de los asturianos.

Una hora despues un arroyo de agua negra como la tinta corria por el patio; era la que habia servido para enjabonar á los huéspedes que al mismo tiempo salian del baño como de la cuba de Eson, tanto mas blancos y frescos, cuanto que puede decirse que habian estrenado pellejo nuevo; cualquiera al ver la metamorfosis hubiera dicho que era una legion de espantosos demonios convertidos en querubines ó en amores.

La hora del festin habia llegado, millares de luces en ricos candelabros iluminaban el palacio; despues de atravesar las habitaciones del esposo, enriquecidas con todo cuanto puede imaginar el gusto de un millonario, los convidados se habian sentado á la mesa y ya nadie se acordaba de los asturianos. De repente una gran puerta de dos hojas se abrió y apareció un salon como el comedor iluminado, con una gran mesa espléndidamente servida y ocupada tambien por alegres convidados. Á la vista de esta escena que mas parecia cosa de magia ó decoracion de teatro, todo el mundo dió un grito de sorpresa, escepto el banquero y su esposa que se dirigieron una mirada de inteligencia, pero muy pronto fué preciso á los asistentes fijarse en la realidad y reconocer los asquerosos carboneros y aguadores de por la mañana, convertidos en rozagantes mancebos, con sus vestidos y gorras nuevas danzando y cantando alrededor de la mesa, y preparándose á cenar por la primera vez de su vida con servicio de plata y de cristal. La sala estaba caprichosamente adornada, y era á la verdad aquello un paisaje de Suiza, tal y como lo representan los poetas y pintores; nada mas faltaba que las cabañas humeando, y las montañas coronadas de nieve. Con una mano, D. Juan apretó la de su esposa y con la otra se cubrió los ojos llenos de lágrimas.

—Amigos míos,—dijo dirigiéndose á los convidados; ruego á ustedes que me perdonen este capricho; considerándome hoy el mas feliz de los hombres, he querido que participen de mi ventura algunos desdichados.

Esta noble explicacion fué de todos aplaudida pero sospechando que no revelaba enteramente

el misterio y esperando el desenlace: grandes y pequeños convidados hacían por completo los honores á los ricos platos que les servían: los pequeños principalmente parecia que querían desquitarse de las privaciones de toda su vida y con igual predilección acogían la perdiz que el pavo, el pastel que el conejo, los pescados que las frutas y los vinos: vijilados no obstante por los criados, ni uno solo se excedió y todos conservaban su razón cuando en medio del mas profundo silencio, dirigiéndose á ellos D. Juan;

—Y bien, hijos míos,—les preguntó:—¿he conseguido mi objeto? ¿sois completamente felices?

Los interrogados respondieron con tales gritos de alegría que desechaban todo género de duda.

—Nos hemos divertido para toda nuestra vida,—exclamó con voz atronadora uno de los mas grandes, que no creía decir una cosa tan triste.

—No para toda vuestra vida,—replicó el banquero;—porque vosotros podeis tambien ser dichosos por vosotros mismos y hacer á vuestra vez la felicidad de otros, si la dicha está en la riqueza. Quiero demostrároslo refiriendo una historia que os probará como los mozos de esquina llegan á ser millonarios; una historia que os enseñará el arte de hacer fortuna.

Á esta voz eléctrica las cuarenta orejas se erizaron como la de los caballos jóvenes al tiempo de volar al combate.

—Sí, amigos míos,—prosiguió D. Juan;—solo depende de vosotros el tener un gran palacio, salones dorados, coches, criados y lacayos; en vuestras manos está el comer cada día como acabais de hacerlo. Escuchad la historia de un asturiano que yo he conocido mas miserable que vosotros.

«Era un asturiano de vuestra edad á quien por apodo llamaban *Sin recursos*, porque no tenía padre, madre, parientes ni asilo; las gentes de su pueblo le dieron cierto día una hoz, un pan de maiz y un palo; le mostraron el camino de Castilla y le dijeron: «Marcha y Dios te ayude.» *Sin recursos* partió ni triste ni contento; perdió de vista el campanario del lugar, se comió el pan que llevaba de prevención y tuvo que acudir á pedir limosna por el camino para no morir de hambre; pero un día llegó en que no encontró en toda la jornada quien le socorriese; muerto de frío, pues no tenía mas ropa para guarecerse de los rigores de un invierno crudo, que un pantalon de lienzo y una levita vieja del mismo género que le habían dado en casa del escribano de uno de los pueblos por

donde habia pasado mendigando. Estenuado de hambre y de fatiga, se sento ó mejor dicho se dejó caer en un banco de piedra frente á una ermita en un despoblado, y muy pronto el sueño le acometió y se quedó dormido. Eran mas de las cuatro de la tarde del mes de Enero; la nieve empezaba á caer como una lluvia de plata, fina y penetrante al pronto, despues á gruesos copos. *Sin recursos* iba á quedar sepultado indudablemente, pero Dios que nunca abandona ni aun al mas desdichado, lo habia dispuesto de otro modo. El maestro de escuela de un pueblo no distante de la ermita, iba todas las tardes despues de comer á dar lección á la hija de un propietario que habitaba una casa de campo en las inmediaciones y al volver de su tarea mas temprano que de costumbre, por causa del mal tiempo, vio no sin asombro al asturiano dormido sobre el banco; dudó que fuese persona humana y se acercó con precaución á examinarlo; pero convencido de ello le gritó para que despertase con todas las fuerzas de sus pulmones. *Sin recursos* abrió los ojos asustado é hizo un esfuerzo como si quisiese desviar al dómíne para que no le importunase; tal era ya el estado de postración en que se hallaba. El buen preceptor entonces conociendo el peligro que allí corria el infeliz asturiano, hizo un esfuerzo para arrancarlo de la muerte, y poco menos que arrastrando lo llevo hasta el lugar que como he dicho estaba á corta distancia. En su casa le prodigó cuantos auxilios pudo y enterado de la triste suerte de *Sin recursos* le aconsejó que se quedase con él, pues le haría ganar el pan en una fabrica de ladrillos, cuyo dueño era amigo suyo. El asturiano acepto y paso dos años ganando una peseta diaria, con lo cual no solo tuvo para no morir de hambre sino que ahorro para hacerse un vestido; durante este tiempo el dómíne le enseñó a leer, escribir y contar: pero le faltó el trabajo porque la fabrica hacia mas ladrillos de los que se consumían en veinte leguas á la redonda y *Sin recursos* se despidió de su amigo y fué por consejo de este á Valladolid que distaba nada mas que dos leguas, á buscar trabajo. El único acomodo que encontró fué con un maestro de albañil á quien conocia de haberlo visto en la fabrica; este lo destinó con otro muchacho de su edad á limpiar tejados y chimeneas, porque era el fin del otoño y las obras de otra especie escaseaban bastante:

—¿Sabes de quién es esta casa?—le dijo un día el compañero estando cada uno en el alero de un tejado.

(Concluirá.)

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Fabian de Ossorio á su hermana Maria.

En mi última carta, mi dulce y amada hermana, te daba noticia de mi llegada a este punto como representante del señor de Aguilar, y apoderado sayo en sus negocios con la casa Castell y compañía, con quien te ligan grandes lazos de interes.

Yo no se si la causa de mi venida es el considerable capital que D. Felix estaba expuesto a perder en este punto, y la confianza que le inspiro para defenderlo, o si solo me ha traído la voluntad de Valeria, a la cual ya sabes que su padre se somete en todo.

De cualquier manera, este viaje me ha causado un profundo pesar, pues me ha separado mas de todo cuanto amo, y sobre todo, de tí que tan desgraciada eres, y de Angelina.

Tambien si he de decirte la verdad, la atmósfera de este Londres, en que el aire que se respira esta viciado en una mitad por las opacas nieblas de su triste cielo, y en la otra por el humo del carbon de piedra de sus apinadas fabricas, me ahoga y pesa sobre mi corazon, aumentando mi mal estar, y mi anhelo de tornar á mi risueña y hermosa patria.

Y como si todo se conjurase en contra mia, nuestra madre me escribe y me manifiesta serios temores acerca de la salud de nuestra tierna Elia.

La pobre niña, dice, pierde de dia en dia su frescura y su animacion, y ya no es la flor llena de vida que embalsamaba y embellecia su modesto hogar, sino una rosa proxima á marchitarse, cuya vista causa una impresion dolorosa en el fondo del alma. En vano nuestra madre se afana por adivinar la causa de su mal estar. ¡Pobre niña! ¿sera la enfermedad ó sera el dolor el que mina su existencia? ¡Quién puede adivinarlo á través de esta inmensa distancia! ¡Ay de mí! Maria y que desventurada existencia nos ha cabido en suerte, despues de tantas esperanzas y de tantos sueños en el porvenir!

Pero perdóname, mi pobre hermana, perdóname este momento de debilidad, á mí que debia ser el mas fuerte para sosteneros á las dos.

Si, perdona si me olvido por un instante de las lecciones de nuestro buen padre, tan noble, tan digno y tan sereno en la desgracia. ¡Oh, si él viviera, si pudiera fijar la vista en nosotros!

Y ahora que te hablo de nuestro padre y de nuestro pasado, voy á referirte un pequeño incidente que me ha sorprendido, y que no me sé explicar.

Ayer, y al presentarme á la casa Castell, me hicieron pasar al despacho del principal, rogándome que le esperase un momento.

Allí encontré algunos jovenes entregados á un asiduo trabajo, y que siguiendo la maxima de este pais, de que el tiempo es oro, apenas alzaron la cabeza un instante para hacerme un saludo tan ceremonioso como imperceptible, al cual conteste de igual manera. Sin embargo uno de ellos, el secretario de Castell se levantó y dirigiendose a mi me ofreció un asiento y travo conmigo una conversacion que pude sostener gracias á que no me es extraño aquel idioma.

Primero hablamos de los asuntos de comercio que me han traído a este pais. Despues, no se como, la conversacion recayo sobre Espana, sobre sus bellezas, sobre sus costumbres. Llevado del amor de la patria, me extendí algo mas, y hable de la hermosa Sevilla, donde pasamos nuestra venturosa infancia, hermana mia.

—¿Ahí es V. de aquel punto?—dijo mi interlocutor con algun interes.

—Si señor,—le respondí,—allí ví la luz por vez primera.

—Conozco algo del encanto de su rico suelo por el relato de mi principal, que mil veces nos habla de esto.

—¿Como! ¿el señor de Castell?...

—Es espanol, catalan segun indica su apellido, a pesar de lo cual, ha pasado su juventud en Andalucia.

—Entonces...

—Todavia recuerda aquel sereno cielo y aquel risueno pais, aunque no muestra grandes deseos de tornar a el.

—Siendo aquí feliz...

—Si la dicha consiste en la riqueza, mi principal puede considerarse venturoso. Nuestra casa apesar de la maledicencia que intenta amenguar su crédito, posee un considerable efectivo, y sus ganancias aumentan cada dia.

—Yo me felicito de ello, caballero.

—¡Oh! y no es extraño: el señor de Castell tiene amigos y protectores poderosos, que le sacarian de cualquier conflicto, y que le dan la mano y le ayudan de continuo. Sin ir mas lejos, el anciano señor de Ossorio...

—¿Ossorio ha dicho V.?—pregunté admirado al escuchar aquel nombre que era el mio tambien.

—Si señor, el mismo.

Mi curiosidad se habia exitado en alto grado: mil ideas, mil dudas se agitaban en mi mente, y ya iba á formular una nueva pregunta, cuando la presencia de otro personaje cortó la palabra en mis labios.

Era un hombre que empezaba á tocar los dinteles de la ancianidad; de aspecto vulgar y de mirada viva y suspicaz, á cuya aparicion todos inclinaron las frentes y movieron las plumas con mayor rapidéz, lo cual me hizo conocer que estaba delante del principal de aquella vasta casa de comercio.

En efecto era el señor de Castell, á quien su secretario le hizo notar mi presencia, anunciándome como el representante de la casa de Aguilar, de España.

Lo que pasó entonces es tan extraño, hermanita mia, que ni te lo puedo explicar, ni me lo explico á mí mismo.

Castell que se dirigió á mí para saludarme sin duda, al mirarme frente á frente, retrocedió un paso, y su rostro se tornó pálido y descompuesto como el de un cadáver.

Se llevó una mano á la frente, y murmuró de un modo imperceptible:

—¡Dios mio! ¡esto es una ilusion...! ¡no, no puede ser...! los muertos no dejan su tumba!

Yo me quedé inmóvil, el secretario admirado, el mismo señor Castell turbado y trémulo, luchaba para dominarse y para recobrar el imperio sobre sí propio.

Al cabo de algunos momentos, quise poner término á aquella situacion violenta, y cual si nada hubiese advertido de cuanto acababa de pasar, me acerqué á aquel hombre, y saludándole cariñosamente, le expuse el objeto de mi visita.

Al escuchar mi nombre, su agitacion creció hasta el punto de no poder responder una sola frase á las palabras que le dirigia.

—Caballero,—murmuró al cabo,—yo no esperaba..... no sabia..... hoy me hallo un poco indispuerto, y no puedo ocuparme de asunto ninguno. Mañana si V. lo tiene á bien, volveremos á vernos, y entonces.....

Convine en lo que deseaba, pues á mi vez anhelaba salir de aquella casa, en que mi presencia habia causado tan profunda alteracion.

Me despedí pues, y volví á mi morada, preocupado por mil extraños pensamientos.

¿Será que la casa de Castell, no puede responder á los créditos que traigo contra ella? pero no: el secretario acababa de asegurarme su buen estado: y luego las palabras de ese hombre, su sorpresa al verme..... ¡Oh! aquí hay un misterio que no comprendo, pero que trataré de averiguar.

Mañana volveré, y de seguro sabré descifrar este arcano.

Adios mi buena María, Él haga que yo torne pronto al suelo que me vió nacer, donde acaso me aguardan grandes pesares, pero donde podré ser útil á las personas que amo.

FABIAN.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á LA SEÑORITA

DOÑA DOLORES FERNANDEZ DE CÓRDOBA.

DOLORES.

I.

El mundo es una noche
De oscuras nieblas
Iluminada á veces
Por almas buenas,
Que ahuyentan con sus alas
Las sombras negras
Y las opacas nubes
De amargas penas.

II.

El mundo es un Océano
De turbias olas,
Que encrespadas se estrellan
Contra las rocas,
Y las almas humildes
Playa arenosa
Do se aduermen gimiendo,
Las aguas torbas.

III.

El mundo es un desierto
Ancho y ardiente,
Donde el Simoun vomita
Soplo de muerte;
Y las doncellas puras,
Como la nieve,
Para los peregrinos
Son clara fuente.

IV.

Tú eres la estrella blanca,
Que ahuyentas sombras,
Y eres la playa dulce
Que aduermes olas,
Tú eres la clara fuente
De hermosas aguas
Donde el alma sedienta
Su sed apaga.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

LA HORA SUPREMA.

Era un matrimonio perfecto; ambos ricos, nobles, jóvenes hermosos, inteligentes; ella altiva sin tocar en orgullosa; él sabiendo hallar el justo medio entre la dignidad elevada del hombre y la desdeñosa indolencia del aristócrata de nacimiento.

Cecilia siempre halagada, rodeada por una corte numerosa de aduladores, encontrando de continuo ante sí miradas atentas á sus menores deseos y manos solícitas para complacerlos, cruzaba triunfalmente la vida entre el rumor de las músicas, entre el susurro de las lisonjas, entre el humo perfumado del incienso.

Luis acosado de parásitos y amigos complacientes, perseguido por falanges de mujeres hermosas, aplaudido, festejado, solicitado para que se dignase aceptar honores que su nombre honraba, sentía ya en la copa de oro que la vida acercaba á sus labios el punzante sabor de un prematuro hastio.

¿Qué faltaba á su dicha? ¡Nada! y era tan profundamente feliz, que en algunos momentos se encontraba profundamente desgraciado.

Nada deseaba, nada le divertía: nada ocupaba su corazón ni su mente; el casino, el carruaje, el baile, la mesa coronada de flores, de vinos esquisitos y de amigos alegres; siempre lo mismo, todos los días igual... Que hastio!

Era cristiano, ó por lo menos estaba bautizado y no renegaba de la religion de sus padres; espíritu demasiado culto, talento claro y elevado, no caía en la imperdonable falta de negar ó dudar, pero.... *no practicaba*; si los deberes de sus cargos sociales, ó la necesidad de sus caprichos galantes, le conducían alguna vez á un templo, se reclinaba contra un muro, y con la mirada perdida en el espacio y la blanca y fina mano acariciando distraída su barba rubia, se ensimismaba en los recuerdos mas ajenos posibles á aquel santo lugar. Se había abusado tanto de su paciencia y de su fortuna, bajo el nombre de la caridad, que ya esta palabra no despertaba en él sino una sensacion penosa y repulsiva.

En suma; no era ateo, sino peor que esto, indiferente. Y era indiferente para todo: como marido, apenas si recordaba á su bella Cecilia fuera de las horas de comer, cuando se dignaba comer en casa, ó en los grandes bailes, si Cecilia le comprometía á acompañarla y llegaba la hora precisa de buscarla por los salones, para retirarse. Como padre, no rechazaba el encanto de prodigar sus besos al querubín rubio que le tendía sus brazos balbuceando graciosas frases casi ininteligibles, pero así, de vez en cuando, buenamente, cuando le encontraba al paso, al salir ó al entrar. Y por término medio, una ó dos veces al mes.

Cecilia era mas feliz porque se aburría menos; en primer lugar, tenía afecto al niño, que su aya le traía todas las mañanas á su habitación, y le ocupaba muy bien sus diez minutos diarios; tenía la iglesia vecina para lucir sus

toilettes de mañana y distraer media hora; visitas, tiendas, paseos, amigas, correo, y correo extensísimo con todas las modistas y modistos mas afamados del globo; en fin, se encontraba siempre mucho y muy bien ocupada.

Infeliz, verdaderamente infeliz, solo el pequeño Fernando: viviendo con los que le habían dado el ser, no conocía ni las ternuras celestiales de una madre ni los cuidados inteligentes de un buen padre; solo, triste, entregado á los etiqueteros rigorismos de una aya inglesa, fría y severa para él; aprisionados sus delicados piecillos en botas estrechas, y sus manitas, tan blandas y tan finas en estirados guantes, de bilitándose bajo las perlas de sudor con que esmaltaba su cuello y su frente la rica crencha de cabellos rubios tendidos como cascada de oro por hombros y espalda; juicioso siempre y quieto, para no descomponer los pliegues de su ancha faja de seda ó de su rico vestido bordado, gozando por única sociedad los chistes groseros del lacayo y las insulsas vanidades de la doncella; sin libertad, sin espacio, sin alegría, sin ternuras, sin juegos, sin placeres, era su existencia la existencia del mártir y el esclavo.

Es tan universal y tan perenne la sabia ley de compensaciones, que así como el hombre pobre envidia siempre al hombre rico cuyas amarguras secretas desconoce, así el niño rico envidia siempre también al niño pobre, cuya vagabunda libertad le fascina, sin comprender la miseria que tras de ella se oculta. Y es que el alma humana, dotada de dobles alas siente la aspiración perpétua hacia esas grandes dichas y supremos goces que se llaman la riqueza y la independencia. Metas de oro, faro de luz brillante y atractiva entre las sombras nebulosas de lo porvenir, y luego pálida, incierta, desdeñada ante la luz deslumbradora de la realidad.

Sea como quiera, nuestro pobre Fernando no era dichoso; su ser entero se revelaba inconscientemente contra la tiranía bárbara del lujo y de las prácticas sociales; sus nervios se escitaban sin causa, y de aquí las rabietas inmotivadas y las pequeñas convulsiones que concluían en humildes abatimientos; su aya aseguraba que el niño era dócil, pero colérico, y su madre le reñía gravemente este defecto mientras ensayaba al espejo el color de una flor en sus cabellos ó extendía con rápida pluma sobre el satinado papel una invitación para el teatro, dirigida á una amiga.

Y no era colérico, no, el pobre Fernando, si no débil y nervioso nada mas; sus mejillas antes duras y redondas, enflaquecían y palidecían rápidamente; sus ojos azules tan grandes y bellos, ibanse volviendo tristes y amortiguados; alguna noche su piel, demasiado ardorosa, hacía recordar la fiebre; el niño decaía de hora en hora. Cecilia ocupadísima por entonces, no se fijaba en estos malos síntomas. Había una catástrofe de moda; el incendio de una fábrica catalana que al reducirse á pavesas; envolvió entre sus muros calcinados el alimento y la esperanza de un centenar de obreros; unos habían perecido víctimas del mismo incendio; otros se encontraban heridos, y otros muchos en la horrible penuria; al relato de este siniestro,

Madrid entero se estremeció de espanto, y pueblo esencialmente filantrópico, se puso á divertirse con ardor para remediarlo. Se bailaba de continuo y en todas partes con el pio objeto de allegar recursos para enterrar á los muertos; se organizaban conciertos en obsequio de los heridos, y se ponía una especie de emulación, en idear diversiones en recuerdo de los sollozos y las amargas penas del alma que afligian á aquellos desgraciados.

Cecilia se divertía, pues, desesperadamente para ganar el cielo, y la enfermedad de Fernando iba poco á poco ganando terreno; un día el niño devorado de fiebre, no pudo ya abandonar el lecho, y la madre, bruscamente llamada á la realidad de la vida por aquel triste incidente, volvió de pronto toda su atención y todo su interés sobre el hijo querido, aunque abandonado.

—Ordene V. cuanto quiera, cuanto sea preciso,—decía al doctor;—juntas, medicamentos, baños, viajes... todo se hará.

El doctor movía negativamente la cabeza.

—Todo se hará, todo se hará,—repetía; pero era su acento inseguro, sin fé ni confianza. Y así se pasaban los días largos, iguales, y se ensayaban sistemas y medicamentos... todo en vano; Fernando cada vez mas débil, entregaba su cuerpecito á la postración mas incurable, y su vida se extinguía lentamente, suavemente, como una estrella tardía en las primeras alboradas de la aurora....

Cecilia en aquellos momentos olvidó que era mujer para recordar únicamente que era madre; dejó desierto su tocador, sin abrir sobre su mesa las invitaciones de baile y las cartas frívolas de todos los días; olvidados sus ricos trajes, olvidado el universo entero.

Luis pasaba horas interminables sentado en su cuarto, fumando, taciturno, solo, inmóvil, sin salir de su doloroso éxtasis mas que para levantarse y pasar á la habitación del niño, donde Cecilia, al lado de la cuna, espiaba incessantemente los progresos de su propia agonía sobre el rostro demacrado del bello angelito.

Las miradas de ambos se cruzaban; la de él interrogadora, la de ella desolada. Entonces Luis tomaba su sombrero, salía, iba al casino, á paseo, á cualquier parte, necesitado de movimiento físico, de ruido exterior y de olvido, pero escuchaba sin oír, miraba sin ver; una angustia mortal oprimía su garganta y se decía interiormente:

—Esto es necio; el niño no tiene nada, y ese médico es un farsante; debilidad, nervios, cauciones de niño.... ¡nada! ¡vamos! quiero sacudir este marasmo que se ha apoderado de mí; voy á ver al Conde, al Congreso, á cualquier parte; ¿que hora es? ¡tan tarde! no, ya no es posible, además.... no tengo humor.... ¡Juan á casa! Y se volvía impulsado por una fuerza íntima y superior á su propia voluntad: volvía inquieto y angustiado al cuarto del enfermo, y de nuevo sus miradas se cruzaban con las de Cecilia, las de él interrogadoras, las de ella desoladas.

Era á mediados de Junio; habitaban un hotel de los mil recientemente construidos en el ensanche de Madrid; estaba bastante aislado y le rodeaba un pequeño jardín y mas allá campo y

horizonte: las habitaciones de Cecilia y del niño ocupaban el piso principal; las ventanas se abrían sobre el *parterre* y un ambiente puro y perfumado penetraba por ellas en tibias bocanadas.

Era el anochecer de un día lento y tristísimo en aquella casa, cuando el doctor, llevándose á Luis lejos de Cecilia, le dijo con profundo acento:

—Señor D. Luis ¡valor! la crisis que tanto se temía ha llegado inevitable y fatalmente.... haga V. que la señora no pase la noche en la habitación de Fernando; este sol que se oculta es el último para él....

Luis se puso pálido, é instintivamente se apoyó en un sillón para no vacilar.

—Pero la ciencia, balbuceó con voz ahogada,—la ciencia no dice nunca la última palabra ¡luchemos!

—Sí, lucharemos; lo intentaré todo; ya he avisado también á mi compañero Martínez, pero ¡ay! en casos como este, el único médico posible es Dios.

Luis quedó petrificado; también él atravesaba una horrible crisis, sufría un calvario intolerable, tanto mas espantoso cuanto que Luis, como sabemos, carecía de los altos consuelos y de la sublime fuerza que sostiene al hombre cristiano.

La entrada del doctor Martínez imprimiendo á su voluntad una sacudida violenta, le devolvió un poco de vida y de energía. Pasaron todos á la habitación del enfermo, y Martínez le examinó: de vuelta en el despacho é interrogado ansiosamente por Luis, movió su blanca cabeza como había hecho su compañero.

—Solo queda un recurso que intentar; tengo en él una esperanza muy débil, pero me asiré á ella, si dentro de una hora el niño no está salvado; estará muerto; esta es *la hora suprema*.

Y ambos doctores volvieron al lado del enfermo.

Luis bajó al jardín; era ya noche completa, y vivas estrellas esmaltaban un cielo puro, diáfano, azul, sin nubes ni luna, morían á lo lejos los ruidos de la población, y los árboles de la alameda próxima proyectaban su sombra en la verja del pequeño jardincillo; solo, en la augusta serenidad de la noche, Luis oía claramente los gemidos de angustia de su propio corazón; sentía dentro de sí como algo que desgarraba sus entrañas; un dolor agudísimo y enbotado á la vez; su mente luchaba contra la luz extraña que venía á deslumbrar el caos de sus pensamientos; quería gemir y no le era posible: creía hablar, y la voz resonaba en su pecho, pero sus labios permanecían mudos.

Una desesperación ardiente se apoderó de su ser entero; á todas las sensaciones angustiosas que le dominaban se unía, separándolas, una profunda sensación de terror, se encontraba tan solo frente á frente de su dolor, tan impotente contra el poder inflexible que venía á arrebatarse á su hijo, tan abandonado de todos y de todo aquí en la tierra, tan mísero, tan pequeño y tan infeliz á la vez; que desatinado, loco obedeciendo á una presión extraña y potentísima, cayó de rodillas tendiendo los brazos y balbuceando con voz ahogada.

—¡Señor! ¡Dios mío! creo en Vos, espero en Vos! Dios mío! ¡salvadlo! ¡salvadlo!—Y cubriéndose el rostro con las manos, rompió en convulsivos sollozos, doblegado sobre sí mismo, vencido, humillado bajo el peso de la aflicción....

¿Cuánto tiempo permaneció así? Hay minutos que son un siglo; hay horas que pasan sin dejar recuerdo como un desvarío soñado. De pronto, una ventana se abrió con estrépito encima de Luis; la voz de Cecilia, voz alterada y trémula, le llamó dos veces con angustiosa precipitación, y la ventana se cerró. Luis subió y entró en el cuarto de su hijo, como una flecha lanzada á través del espacio; pero en el mismo umbral de la puerta le detuvieron los brazos de Cecilia, Cecilia lloraba, lloraba.... pero en sus ojos, iluminados por una alegría sobre humana, brillaba el alma de la madre que ha recuperado todo su bien.

—Salvado, ¡salvado! abre los ojos.... ¡me conoce! me ha llorado.... Dios ¡ay! Dios, ¡qué grande y piadoso es!!!.....

Quince días después, Cecilia, con su hijo en brazos, Luis y el doctor, se hallaban reunidos en la habitación de la primera. Fernando, todavía pálido y débil, pero mas lindo y mas gracioso que en sus buenos tiempos, se apoyaba contra el seno de su madre, como un pajarillo que se oculta bajo el ala, y sonreía á su padre que le contemplaba embebecido.

—Sí, señora,—proseguía el doctor gravemente;—vestidos flojos y cómodos, aire puro de la montaña, soledad, libertad, y que su aya...

—Su aya,—interrumpió Cecilia sonriendo.—salió anteanoche para su país; de aquí en adelante su aya soy yo.

—En ese caso retiro mi anterior vaticinio; la convalecencia, en vez de tres meses que yo le daba, durará uno con tan esquisitos cuidados.

—Sé, pues, diligente,—dijo Luis;—antes de ocho días debemos partir, si tus modistas lo permiten.

—Mis modistas no toman al presente parte alguna en mis planes.—Y añadió bajando los ojos y ruborizándose como una colegiala;—en aquella hora suprema ofrecí un año de hábito.

—¡Hora inolvidable! en ella tú recobraste á tu hijo y yo....—repitió Luis con acento que-rido y conmovido,—yo.... ¡mi hijo y mi fé.

CARLOS HERALT.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—¡Oh si acercase V., amigo mío,—dijo la Marquesa, á mí me complace sobre manera el que quiera V. escucharme. Pero qué es eso?—murmuró fijándose con mas

atención en el mendigo, y adivinando la verdad al verme acompañado de la hija del jardinero. Veo que su aspecto de V. ha variado notablemente; ¿á quién se debe esta transformación?

Julietta y Ana se pusieron encendidas como dos rosas de bengala, mientras el mendigo decía con acento conmovido.

—Á dos niñas, señora que se han convertido en dos ángeles para mí, no desdeñándose de ejercer con este miserable viejo los oficios de dos tiernas hijas.

—¿Con que habeis sido vosotras? ¿es verdad?—preguntó la Marquesa fijando su mirada en Ana y Julieta.

—¡Oh! yo por mi no he hecho nada,—dijo la primera con timidez,—V. es quien me enseñó mi deber, señora y sien esto hay algun mérito, es solamente suyo, lo aseguro.

—No, hija mía, no: te engañas, las dos habeis hecho una acción santa, que Dios se encargará de recompensaros, aliviando á vuestra manera la suerte de un desgraciado: en este momento si me dejara llevar de mi corazón os daría un premio; pues estoy satisfecha de vosotras, pero no quiero acostumbraros, como se hace generalmente, á recibir la recompensa en pos de la buena obra, no. Los niños que se habitúan á obtener regalos y obsequios y favores por cada hecho digno que practican, se enseñan aun sin saberlo ellos mismos, á manchar con una sombra de egoísmo, los sentimientos mas hermosos de su corazón.

Los padres y superiores por lo comun se apresuran á recompensar las buenas acciones de sus hijos, en el instante mismo en que estos las ejecutan, creyendo así ofrecerles un estímulo para seguir adelante en aquel camino.

Yo creo que están equivocados, hijos míos, y que con esto solo consiguen dos cosas muy contrarias á sus deseos: la primera mezclar el interés á el anhelo de hacer el bien: la segunda, hacer desmayar alguna vez á la niñez en su afán de seguir por la buena senda, pues no siempre es posible que á la acción bella se siga el galardón. El premio de toda virtud sublime, está mas alto que nosotros; está en el cielo en las manos de Dios, está en el fondo de nuestra alma y en la satisfacción de nuestro propio corazón. Ahora venid á mis brazos, y esta sola sea la prueba de que habeis obrado bien.

Adolfo y Julieta se arrojaron en el seno de su abuela, satisfechos por haberla complacido, y Anita un poco cortada se quedó atrás.

—Ven tú tambien,—la dijo la Marquesa;—la virtud es el mayor blason de nobleza, y tú lo posees; ven y abrázame tambien.

La anciana notó que las niñas estaban conmovidas, y para borrar aquella impresion se apresuró á decir,

—Vamos, sigamos nuestra lección de ayer tarde: ya dejamos aprobado que debemos amar á Dios, considerándole como á nuestro criador y salvador, ahora es preciso que sepamos tambien que estamos obligados á servirle. ¿Lo hacéis así vosotros todos?

Nadie se atrevió á responder.

La Marquesa de la Fe, viendo aquel silencio, dirigió la vista en torno, y fijándose en el que tenia mas cerca, en Julian su administrador, le dijo con acento dulce.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRATADA:—Imp. de La Madre de Familia.